

Notas para una historia social de la literatura

Estebanillo González y el punto de vista()*

Por FRANCISCO JAVIER GUILLAMON ALVAREZ

*A la memoria de José Antonio Maravall,
cuyos estudios sobre la historia social,
inspiraron estas páginas.*

En los momentos de renovación metodológica que vivimos los profesionales de la historia, urge una delimitación de campos que pueda hacer posible la necesaria labor interdisciplinar. Efectivamente, el concepto de fuente debe ser ampliado. Es claro que desde el punto de vista tradicional, un archivo, por ejemplo eclesiástico, estaba "pensado" para su utilización en una historia eclesiástica, hoy sin embargo podemos "visionarlo" desde otras perspectivas más ambiciosas, teniendo en cuenta los niveles de vida material o en general las "mentalidades".

La fuente tradicional iba connotada por la historia acontecimental, hoy el documento se torna más rico y más complejo cuando vamos más allá de la realidad de un hecho concreto, así el famoso "documento histórico" puede ser toda fuente informativa que aporte algo sobre el pasado humano y que una metodología depurada pueda transformar en un dato elaborado.

Desde luego la literatura desde el punto de vista de la vieja historia positivista no es acogida en la inconsútil túnica de Clío, la historia prescinde de la ficción, ésta es parte fundamental de la obra literaria. Pero la Literatura, como la música, el teatro o el arte en general, son expresiones sociales, respuestas al mundo social, ideológico o moral en que se gestan. Sería mucho más discutible y complejo definirlos como vehículos del sentimiento del pueblo, pero el

(*) Este artículo es una revisión ampliada de una comunicación que presenté al Primer Congreso de Historia Militar — Zaragoza, 1982, cuyas actas han sido recientemente publicadas. Nuestra comunicación: Ejército y Picaresca ("Estebanillo González y el Ejército español"), en pp. 290-299, Tomo II.

arte las más de las veces cuaja el sentimiento colectivo y proporciona emociones excelsas. Alguien consideró a lo folklórico así, y el arte, digamos "culto", como el traje de gala de la vida sencilla de los hombres en sociedad.

La literatura así entendida trasunta la sociedad. ¿Reflejo?, ¿imagen?, ¿caricatura?, quizá esto no sea tan importante si nos convencemos simplemente de que la individualidad creadora no vive en una torre de marfil, vive por el contrario, en su tiempo y lo que hace es traducir estéticamente la propia, digamos, conciencia de la conciencia social. Es posible entonces una historia social de la literatura, que no una sociología de la literatura cuyo objeto sería la misma literatura, que tenga como finalidad completar el conocimiento de la sociedad en su "tercer nivel".

Si estudiamos la *comedia* del siglo XVII, y buscamos unas leyes del comportamiento humano en relación al honor, el amor, el dinero, etc... sin duda caminamos hacia una sociología de la comedia. Ahora bien, si aceptamos que el teatro o la novela tienen sus leyes propias, pero que su universo no tiene sentido si no está relacionado con el universo real, entonces caminamos por los senderos de una historia social de la literatura que nos permite distinguir, comparar, y a la vez unir, el mundo de la creación artística con el mundo social, y determinar en su caso, en qué se es fiel a la realidad y en qué no.

Para un estudioso de la literatura, en cualquier obra artística, lo primario sea quizá lo filológico, la estilística, la estructura de la obra etc... Un historiador, primará de entrada el establecimiento de puntos de referencia exteriores a las obras propiamente dichas.

LITERATURA Y SOCIEDAD (SIGLOS XVI Y XVII)

Creemos por tanto que se puede inducir una historia social de la literatura española. Quisiera, pues, trazar un primer esbozo de interpretación cerca de nuestra literatura de los siglos XVI y XVII. La sociedad española estructurada en estamentos u órdenes, evolucionó oscilante entre la *casta* —me refiero a esa jerarquización superpuesta derivada de la *limpieza de sangre*, institucionalizada en las pruebas y estatutos de limpieza— y entre la *clase*, que situaba al individuo en la sociedad según su posición económica. En teoría existían unos estamentos privilegiados, por un lado el clero, en teoría también un estamento cerrado, pero que en la práctica permitía cierta movilidad social, ya que a pesar de estar fuertemente jerarquizado carecía de ese elemento fundamental que era la *herencia*, por eso, igual que el Ejército, permitía el ascenso en la escala social. Por otro lado la *nobleza*, a pesar de su tendencia a la endogamia, permitió la movilidad por diversas causas, como los matrimonios mixtos, las "mercedes", venta de cargos públicos, etc... El estamento no privilegiado era el *estado*

llano que a su vez ofrecía dificultades de estructuración si lo comparamos con el mayoritario orden rural de la Edad Media, no hay que olvidar que aparecen, por ejemplo, burgueses, banqueros, etc..., junto a jornaleros y desarraigados, y todo ello añadido a la jerarquización por privilegios de orden corporativo: gremios, municipios, cofradías, etc...

La dinámica de la sociedad española en los tiempos modernos hay que ponerla en relación con los nuevos elementos disgregadores que trajo consigo la modernidad del Renacimiento o el desarrollo del capitalismo. Mas, a pesar de la aparición de elementos disgregadores, como tales fueron la creciente economía dineraria, la secularización del pensamiento, desaparición de rentas personales etc... se puede hablar de una asunción de todas ellas que se manifestaba en una aceptación general del principio nobiliario por parte de todos los estamentos. Vistas así las cosas podemos *a priori* imaginarnos dos posturas: Una, de repulsa de ese orden; y otra, de asimilación de dicho sistema, siempre que previera una movilidad social, aunque sólo fuera para los más fuertes, de forma individualizada, y se respetaran así los principios de la sociedad estamental.

En el terreno fáctico, las *Comunidades* de Castilla, a pesar de las controversias en lo que se refiere a su interpretación, pueden considerarse como una repulsa violenta al nuevo orden, así como *La Celestina*, de Fernando de Rojas, es el trasunto literario —sobre todo por su carácter intempestivo— de las convulsiones producidas en ese mundo social tan magistralmente abordado por José Antonio Maravall; eso sí, referido exclusivamente al entorno urbano que es donde las relaciones "naturales" comienzan a resquebrajarse primeramente, y que en definitiva refleja una sociedad dinámica impulsada por las energías individualistas. Sin embargo, desde mediados del siglo XVI ya se observa una inversión de las inquietudes sociales que a la postre sentarán las bases del absolutismo monárquico.

El llamado orden *monárquico-señorial*, configurará la *sociedad del Barroco*. Su integración era problemática, y es por ello que la *Cultura del Barroco* es tan compleja como contradictoria, y pareja a las contradicciones del Imperio. La monarquía del Barroco desde luego que no pretende la simple represión, anduvo más preocupada por la persuasión y la coincidencia, es por ello que la *comedia moderna* asume la aceptación de la integración social conforme a los principios teóricos de la sociedad estamental, no por convicción íntima —asume claramente los impulsos individualistas y ansias de justicia social— sino por su impotencia, por eso decimos que la conciencia moral es encauzada a un individualismo —el honor íntimamente experimentado— que se somete al honor externo, tiránico e ineludible. La respuesta puede darse dentro de este contexto de impotencia hiperestésica en forma de discrepancia, tal pueden ser consideradas ciertas formas de la novela picaresca, o la prosa de Gracián, que partiendo

de una moral de acomodación surca la racionalidad para advertir el dramatismo de la pérdida de la libertad, lo que en último término puede suponer una oposición intelectual al sistema.

Por tanto significamos la *aceptación* como un camino, la *repulsa* como otro, y entre ambos, la novela picaresca más atenta a los pies de barro del Imperio, la *praxis* y la realidad, que no la lucha realmente por cambiar el sistema, antes bien, se sale o medra en él, optando en todo caso por la libertad andariega.

Aún cabría considerar un nuevo camino al margen de la realidad y connotado, bien, por la simple evasión —novelas de aventuras, pastoril, cabalresca o la misma lírica— bien, por la trascendencia como pueda ser la mística. Consideración aparte tendría *El Quijote*, la más grande obra literaria de todos los tiempos, que supone una adhesión fantasmal y grotesca a la par que deviene en sublime defensa de la conciencia solitaria.

EJERCITO Y PICARESCA: ESTEBANILLO GONZALEZ

El fondo histórico

El estremecedor trasfondo histórico en el que se inscribe la vida de *Estebanillo* es el de la *Guerra de los Treinta Años*, conflagración decisiva para la historia de Europa en la Edad Moderna que coincide con la última gran ofensiva europea de la monarquía hispánica (1621-1639), y el inevitable fracaso español en su desesperado intento de mantener su hegemonía en el "Norte" (1639-1659). La amargura de la derrota y la 'consciencia' de la decadencia calificaba el empeño de "aventura europea" insuflada por egoístas intereses dinásticos y cierto fanatismo religioso. No obstante la evidencia disponible, puesta de manifiesto por recientes investigaciones, muestra la verdadera dimensión de la crisis ideológica y económica en que vivía España, de la que se deduciría que la intervención en Europa convenía plenamente a los intereses económicos de la nación por encima de motivaciones religiosas o dinásticas. Lo que ocurrió es que el fracaso hizo que las consecuencias fueran más graves y perdurables para los españoles, conscientes del destino histórico que se jugaban.

Hasta la bancarrota de 1627, la presión española en Europa fue sostenida y firme. Desde entonces el panorama se ensombrece ante el nuevo desorden financiero y comienzan los verdaderos reveses en Flandes e Italia, donde la presencia francesa, hasta entonces marginal, se hacía notar. La *paz de Cherasco* en 1631, supuso el primer éxito internacional de Richelieu. Previamente los holandeses demostraron su incombustibilidad con el triunfo en *Bois-le-Duc* (1629) y la toma de Pernambuco (1630); mientras, los suecos invadían Ale-

mania. Sin embargo España se recuperó tras el éxito imperial en *Nördlingen* (1634) donde los suecos fueron derrotados. Lamentablemente *Nördlingen* fue el motivo que decidió a Richelieu a declarar la guerra a España (1635), y fue también la mayor alarma para los rebeldes holandeses quienes optaron por asestar su golpe más duro en la batalla naval de las Dunas (1639). La combinación de la ofensiva franco-holandesa fue efectiva, y el resultado se llamó *Rocroi* (1643), donde el Ejército de Flandes, en gran parte, fue el causante de su propio desastre.

El contexto social y valor testimonial: el punto de vista

La sociedad española del siglo XVII es una sociedad cansada, tal vez sobrada de sermones y sacrificios. Desencantada del incesante belicismo garante de una cristiandad unida. Por eso cuando nos encontramos con el buen humor de Estebanillo, cabe pensar, al menos como hipótesis, que no siempre se deben buscar interpretaciones graves a los puntos de vista. La aportación de este truhán "gallego transplantado en romano" no es, sino un lenitivo para la salud psicológica del pueblo sin que haya que recurrir a un mero dirigismo de la cultura y considerar que, por ejemplo, la *comedia* forme parte de un aparato propagandístico para la defensa de un sistema que se ha venido denominando *monárquico-señorial*. ¿Por qué no pensar en esa honesta ociosidad del deleite necesario para la salud psicológica del pueblo? Tal *delectare* artístico tiene a nuestro parecer un peso específico (1), el suficiente como para dar categoría a la cultura de nuestro *Siglo de Oro*. No el único, por supuesto, pero el buen humor de *Estebanillo* es en cierto modo paradigmático. No creo que se trate de convencer a través del mero barroquismo para fijar la voluntad de los espectadores, o de los lectores en este caso, sino que se propone más bien de coincidir en aquello que piensan (2).

(1) Vid. A. GARCIA BERRIO, *Formación de la teoría Literaria Moderna*, Murcia, 1979. Una utilización magistral de la literatura en FERNANDEZ ALVAREZ, M., *La Sociedad Española en el Siglo de Oro*, Madrid, 1985. Tb. TALENS, J., "Contexto literario y real socializado" en *La escritura como teatralidad*, Valencia, 1977 (pp. 121-181).

(2) Si hay algo en el Barroco que queda al margen de la crítica directa, es sin duda la figura del rey, *fons honoris*. En el *Estebanillo* no faltan las más duras críticas a la organización social, pero para el Rey no hay burlas: "Pues cuando ví los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demás poderíos opuestos a los giros de su luz son vapores o exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambición las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado oscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer *por ser sol*, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los más altivos y remontados vapores y las más gruesas y preñadas nubes" (p. 234, de la tercera edición de *La vida de Estebanillo González*, número 396 de la *Colección Austral* de Espasa Calpe, Madrid, 1968, a partir de ahora citaremos solamente la página correspondiente). A un rey al que a continuación le pide licencia para tener "casa de conversación y juego de naipes en la ciudad de Nápoles" merced

Hay ausencia simplemente de moralismo, si acaso satisface el lado festivo y bullicioso de una sociedad hambrienta y desarrapada tan distinta de la rica y refinada de Flandes (3). Desde luego es muy difícil desentrañar cuáles podrían ser las características más significativas de la psicología social. Lo cierto es que había una conciencia de decadencia, y había que buscar el lado burlesco, grotesco más bien, de las cosas. En este sentido el *Estebanillo* es un arquetipo sintomático de cierto sentimiento catártico, y nunca mejor dicho. No hay una mera búsqueda de la utilidad social y moral, como podríamos encontrar en el *Guzmán* o en buena parte de nuestra comedia. Al margen de la no menos sintomática exaltación de la figura del Rey Católico, se busca entretener a través de la vida más o menos loca de un trotamundos, 'entre burlas y veras' —mito dinámico del Barroco—, y si se quiere, en una huida hacia adelante (4).

Sin ser profundo ni derrotista, *Estebanillo* opone el buen humor que salpica esa vorágine viajera en una narración que se reduce a la expresión en alta voz de su propio temperamento. Efectivamente la problemática del Imperio le es ajena, sus referencias a acontecimientos tan decisivos como *Nördlingen*, *Las Dunas* o *Rocroi*, no merecen siquiera la más mínima reflexión. *Estebanillo* es un parásito tremendamente "servil", "mi oficio es el de buscón,

particular que recibe (id.) "Solamente se puede llamar feliz y bienaventurado el que sirve a tan gran monarca, pues *él sólo es el que premia y el que tiene con qué premiar*; y aquel que en su servicio no avanza., culpe a su corta suerte, y no a la grandeza deste poderoso Alejandro" (pp. 234-235. Todos los subrayados son nuestros).

El papel histórico de la nobleza y su función social queda delimitado en el sistema monárquico-señorial: "que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando a los desvalidos y favoreciendo a los que poco pueden, y honrando generalmente a todos; que para no hacer esto, poco me importa a mí ni a nadie que sean grandes o que sean pequeños" (p. 235).

En un tono que no dudo en calificar de *manriqueño* persuade al lector que no debe aceptar la injusticia social, pero tampoco debe ir contra el orden establecido en cuya clave del sistema está el monarca: "cuán breve flor es la hermosura y con cuánta velocidad se pasa la juventud y cuán a la sorda se acerca la muerte y qué de mudanzas hay de un día para otro" (p. 204), mezclado con un tono conceptuoso "gongoriza con elegancia campanuda" (p. 221) vid. el soneto en p. 222-223 expresando estos oscuros conceptos).

(3) El desarrollo urbano de Flandes es muy bien ponderado, así en Brabante no podía Estebanillo dedicarse a la venta de sus mercancías "por la sutileza de su ingenio y gran trato de la burguesía "...si tenía mala venta mi aguardiente y tabaco, tendría buen despacho el arte de lo bufonería" (p. 120).

(4) Las *burlas y veras* es otro mito dinámico del Barroco utilizado mucho por Saavedra Fajardo. La crítica al sistema no podía ser directa, Estebanillo piensa *en voz al lector* y no sin cierta amargura: "¡Qué dello pudiera decir acerca desto y de otros sucesos que han pasado y pasan desta misma calidad, no sólo a los patronos de galera, sino a gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y amunicioneros y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés que el blasón de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con *la amargura de decir verdades*" (p. 36). La verdadera razón la explica más adelante: "porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza" (p. 180).

y mi arte el de la bufa, y soy libre como novillo de concejo". Su misión es "comer a todo carrillo, y beber a todo beber" (5).

Estebanillo González tiene la intención de relatar su vida y para demostrar que no hay fingimiento ni suposiciones menciona sucesos y nombres "el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día mes y año, y antes quito que no añado" (6). Este bufón de Octavio Piccolomini de Aragón, Duque de Amalfi al que profesa profunda devoción y dedica la obra, cuenta su vida y hechos desde 1608 a 1646, e inmediatamente el libro es publicado este mismo año de 1646 salido de las prensas de Amberes. Novela picaresca tardía, se centra en el buen humor y sobre todo en una irresistible vorágine viajera, Estebanillo era el perfecto truhán, y nadie mejor que Cobarruvias para definir tal arte: "El chocarrero burlón, hombre sin vergüenza, sin honra y sin respeto; este tal con las sobredichas cualidades, es admitido en los palacios de los reyes y en las casas de los grandes señores, y tiene licencia de decir lo que se le antojare, aunque es verdad que todas sus libertades las viene a pagar, con que le maltratan de cien mil maneras o todo lo sufre por su gula y avaricia, que come muy buenos bocados, y cuando le parece se retira con mucha hacienda" (7).

No menos de sesenta y cinco "oficios" y dedicaciones diferentes tuvo Es-

(5) p. 127. La rapidez de la narración y el convencimiento de estar "en otra cosa" le impide hacer un estudio psicológico de los personajes, a lo más que llega es a esta descripción de galería de un viaje Viena-Florenia en carroza: "iba en ella un judío de Venecia, un esmarchazo milanés que salía a cumplir diez años de destierro, una dama siciliana, que por ser antigua en aquella milicia iba a ser bisoña en la de Liorna, un fraile catalán que iba a Roma a absolverse de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo que iba a confesar de sus pecados reservados a Su Santidad" (p. 201). La referencia a Nördlingen se reduce a que "el ejército sueco... pensando darnos un pan con unas nueces, vino por lana, y volvió trasquilado" (p. 110); la triste experiencia de Rocroy no merece más comentario que recordar la triste suerte del soldado licenciado tras la derrota "persona desesperada a andar mendigando" (p. 220); también refiere la llegada de la Armada de D. Antonio de Oquendo a Dunkerke: "llegó la referida armada, con más grandeza que gobierno y con más velocidad que ventura. Salióla a recibir la holandesa, con menos fuerzas y mejor disposición" (p. 151). Estebanillo se metió en una taberna y no tuvo ánimo para salir hasta que le aseguraron el fin de la refriega, pero no menciona la derrota, que demasiado presente estaba en la mente de los españoles, su razonamiento termina gongorizante con garganta campanuda: "Entró el proceloso invierno, coronándose los montes de escarchados turbantes; vistiéronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el león español a su leonera, y yo, como oso colmenero, le fui acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte" (p. 151). La huida hacia adelante de este pícaro es el vino: "los duelos con vino son menos, y es el que me mata y da vida" (p. 241); "antes de pasar las cuarenta horas había ya bebido más de cuatrocientas veces, comiendo en casa del Embajador cuanto me daban, y comprando en las plazas cuanto apetecía; de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor, y doce al cirujano, y cien bendiciones al varón santo que descubrió el sarmiento y doscientas a los que los plantan y benefician" (p. 233), son incontables los pasajes en los que existe un verdadero culto a Baco.

(6) p. 11.

(7) *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611) (hay ed. en facsímil de ed. Turner, Madrid (1979)).

tebanillo a lo largo de estos años: gorrón de nominativos, rapador de molle-ras, fullero de todas tretas, sotalférez de banderas, criado marmitón, barrendero, barbero, cirujano, maestro de mancar brazos, enfermero, mozo de plata, menino, peregrino, buhonero, mandadero, peón de albañil, sirviente de comedias, tornillero, espión, soldado, pícaro de la marina, gavilán de la pesquera, paje, cosario de todas levadas, cocinero, vivandero, postillón, correo, celestino, etc.... etc.... Quiere ser, y lo consigue, un hombre de buen humor poniendo buena cara al mal tiempo, mezclando burlas con veras, crueldad con gravedad y siempre algo de locura (8), pues sólo con este arropamiento se podían expresar aspiraciones inconfesables y frustraciones ciertamente lamentables en la España de los Austrias.

Estebanillo va rápido por la vida, recorriéndose Europa sin apenas descanso, tan sólo en Roma, Nápoles, Viena y Bruselas recala por más tiempo, porque éste no da para definir psicológicamente a los innumerables personajes que van apareciendo y desapareciendo (9).

(8) Vid. nota 2. El carácter persuasivo del Barroco, ha sido abordado magistralmente por J. A. Maravall en muchos de sus trabajos. Vid. tb. nota 4 y mi *Introducción* a las *Empresas* de Saavedra Fajardo, ed. facsímil de la A. Alfonso X de Murcia y otros, Madrid, 1985.

(9) Aún a sabiendas de cansar al lector por la reiteración no me resisto a enumerar la vorágine viajera de Estebanillo: Nuestro pícaro va rápido por la vida, recorriéndose Europa sin apenas descanso. Tan sólo en Roma, Nápoles, Viena y Bruselas recala por más tiempo. éste no da para definir psicológicamente a los personajes que en gran número van apareciendo y desapareciendo. Como he dicho antes, quizá canse al lector conocer el meneo viajero de nuestro bufón, pero, insisto, puede ser esclarecedor: De Salvatierra es transplantado a Roma, pasando a Nápoles, Mesina y Palermo, conoce Grecia y vuelve a Roma por Liorna, Lombardía (Milán), Roma, Nápoles, Sicilia (Palermo), Nápoles de nuevo y llega a España por Barcelona, Zaragoza, Madrid, Toledo. El Escorial, Segovia, Valladolid rumbo a su patria gallega, Orense, Salvatierra, Pontevedra y Tuy le siguen hasta llegar a tierras portuguesas: Valencia, Lisboa, Oporto, Setúbal, Évora y vuelta a España por Extremadura, Mérida, Andalucía, Cazalla, Alcalá del Río, Sevilla, Estepa, Osuna. Cádiz, Córdoba, Montilla, Cabra, Lucena, Gibraltar y Málaga. Embarca para Francia, primero recala en Saint-Malo, luego en Ruán, París, Lyon, Montelimar, Orange. Quedó a las puertas de Avignon por no "llevar boleta de sanidad", Niza, Mónaco, Génova, Viterbo, Siena. Roma, Nápoles y segundo viaje a España: Rosas y Barcelona. Génova de nuevo, Milán, etc.... porque repite el "troppo variar" esta vez hacia el Tirol, Constanza, Brisach. Terminando momentáneamente en la Baviera. Después Nördlingen cruza el Rhin, Juliers y otra vez Brabante, Bruselas y Lovaina. Maastricht (Mastrique) y Namur. De Flandes a Viena pasando por el Palatinado (Worms). Vuelta a Flandes, Henao, Mons, Bruselas de nuevo, y vuelta a la corte vienesa.

De bufón vino a correo, cruzando por dos veces Alemania desde Lorena a Viena. Lo encontramos en Dunkerke y Bruselas para pasar las carnestolendas. Arrás, Courtrai y repitiendo al son de su trote "Adiós Bruselas", pasó a Namur, Marcha y Lisel, a donde después de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque y desempedrar las calles de Worms, Franquendal, Espira y Donawerta... se embarcó en el Danubio y desembarcó en Viena. Luego recorrió la Moravia (Helbrun), la Silesia, Pomerania y Polonia. Haciendo oficio de correo, pasó por Hungría, Bohemia (Praga) y Sajonia (Dresde). Leipzig, y de nuevo Praga y Viena. De aquí tardó ocho días en llegar a Bruselas. Viena, Passau y Varsovia, antes de recorrer Lituania, Moscovia y conocer Cracovia. Hungría y Viena le suceden para volver a Italia. Estiria, Tirol, país de los grisones. Milán, Florencia, Roma, Siena, Nápoles y tercer viaje a España. Mallorca, Vinaroz, los Alfaques, Híjar, Zaragoza, Tudela, Tafalla, Pamplona y San Sebastián, donde embarca en dirección a Flandes, pero recala en Valmur (Inglaterra),

Para el malogrado hispanista M. Bataillon, la vida de este pícaro no es sino una ilusión realista que opera en un marco favorable y que consiste en historizar las aventuras de un hombre oscuro por asociación con personajes y acontecimientos históricos recientes y actuales. Por hacer referencia a esos testigos de "vista y contestes", el Estebanillo es utilizable por los historiadores de la vida militar y política de la Europa de la Guerra de los Treinta Años (10).

Estebanillo no está sometido a exámenes de conciencia o en vías de conversión, como por ejemplo el Guzmán de Alfarache. En vano busca una coherencia moral o social, se nutre de la experiencia verdadera del autor. Bataillon parte, pues, de que se trata de una ficción, no obstante Meregalli defiende la tesis historiográfica del Estebanillo, colocándose éste más en la serie de autobiografías de soldados que en la de las novelas picarescas (11); opone objeciones a Bataillon porque éste se sorprende del brusco cambio de nuestro héroe al pasar de bufón a correo diplomático, cuando lo cierto es que en la época se utilizaban bufones como tales, sobre todo teniendo en cuenta la experiencia, conocimiento viajero y el poliglotismo —"faraute de muchas lenguas"— de Estebanillo, que le hacían ciertamente idóneo para esa función de correo. Sea como fuere, que se trate de autobiografía pseudohistórica o no, depende si acaso de una concepción simplista de la fuente histórica; no es cuestión de buscar la fuente tradicional o sellar como novela picaresca una narración en la que participan esas dos auténticas "negras" siempre presentes en la vida del pícaro: el hambre y la honra. El propio Bataillon se sorprende de los sarcasmos que Estebanillo dirige contra su condición bufonesca, cuando precisamente uno de los caracteres fundamentales del bufón, tal y como explica Cobarruvias, es atizarse contra sí mismo. Este oficio, el de gracioso "tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto" (12). El

Calais, Dunkerke, Nieuport, Brujas y Gante. antes de llegar a Bruselas. Su último destino sería su querida Nápoles donde abandona su vida pícaro.

(10) M. BATAILLON "Estebanillo González, Bouffón pour rire" in *Studies in Spanish literature of the Golden Age* presented to E. M. Wilson, ed. R. O. Jones. London, 1973 (pp. 25-44). Vid. tb. J. GOYTISOLO "Estebanillo González, hombre de buen humor" en *El Furgón de cola*, Barcelona, 1976.

(11) FRANCO MEREGALLI, "La existencia de Estebanillo González" in *Revista de Literatura*, XLI (1979), pp. 55-67.

(12) p. 143. Creo que la *filosofía picaril* es una concepción que no acepta el sistema social vigente, hay si acaso una adhesión por vía de persuasión. El pícaro medra buscando su propio provecho. Estebanillo por ejemplo, sabe convertirse en un peregrino perfecto "con hábito largo, esclavina cumplida, bordón reforzado y calabaza de ermitaño" (p. 65), solicitando la "carta de misericordia con la que se puede muy bien marear por todo el reino" (67). La descripción de su compañero de fatigas por tierras portuguesas no tiene desperdicio: "y quedándose en carnes. abrió una talega de motilón mercenario, sacó della una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzón con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entallegando sus despojos, quedó como Juan Paulín en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad... Iba por las calles mi moderno camarada, haciendo lamentaciones que enternecían

autozaherimiento, así como la crueldad de algunas de sus acciones le acercan al "clown" moderno, tal como refiere F. Rico, quien ha calificado esta obra como el último hijo legítimo de la novela picaresca que reelabora una existencia real a la luz de la literatura y de una determinada tradición truhanesca, quizás como la más adecuada forma literaria para el estilo de la truhanería (13)

a las piedras, dando sombreradas a los pasantes, haciendo reverencias a las puertas y cortesías a las ventanas, y dando más dentelladas que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al aire las pechugas, y mostraba los desnudos pies. Unas veces lloraba, otras suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez... y ...haciendo una veces la guaya, y otras la temblona y rindiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo. iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china" (70). De pícaro terrestre va a pícaro de costa: "Encaminéme a la vuelta de Gibraltar con intención de ser pícaro de costa... me dieron nuevas de cómo prendían a todos los vagamundos y los iban llevando a la Mamora para que sirviesen en ella o de soldados o gastadores... concertéme con un armador, por dos panecillos y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire, y púseme en lugar de banda un estrobo... y al tiempo de tirar la red hacía que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que antes era divertimento que trabajo" (87).

El Imperio tenía los pies de barro, pero al pícaro esto le es ajeno: "me daba tres pitos que bajase el turco, ni un clavo que subiese el persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general y me reía de *los puntos de honra* y de los embelecos del pondonor, porque a pagar de mi dinero todas las demás son muertes, sólo es vida la del pícaro" (88). Mas, ¿no habría tras tal actitud cierta amargura, una huida hacia adelante plena de rabia profunda?; cuando Estebanillo se retira —como todos los pícaros— supo muy bien definir a "Alemania. un eterno caos y España, una confusa tiniebla" (250). Al menos todo es posible en quien razona así: "porque es de hombres como yo el urdir una mentira y es muy fácil de engañar un hombre de bien" (89). Hay dos "negras" en la vida del pícaro: el hambre o "gazusa" y la honra. entre ambas todo lo llena el vino: "mas, para conmigo todos los duelos con vino son menos, y es el que me mata y me da vida" (241); pocas veces abandona la "prisión de mi libertad" (177), se trata de "desistir pesares, y buscarse la vida" (175). Propio del pícaro es *estafar honra*, pues no cree en ella y al mismo tiempo sabe que es un arquetipo que llena y da contenido a los valores tanto sociales como morales, esta estafa la vemos en el episodio en que es condenado a muerte: Estebanillo sabedor del vacío existente entre el delito y la pena escribe su memorial alegando ser hijodalgo y "que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como cordero, y no en horca, ahogado como pollo" (90), realmente lo que le importaba era no morir, así mientras pedían la información y pruebas a Roma y Salvatierra, en el "inter no me faltaría una lima sorda para limar la cadena y los grillos" (99). Sabía que "hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse" (128), "y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, no sabiendo lo que me hacía, ¿qué tales serían los demás?" (107), y desde luego "si yo fuera tan diestro en las huidas como en los alcances. ya estuviera escabechado a puros laureles" (184). Lo suyo, medrar: "acudí de allí en adelante a gozar de la limosna o a comer de bonete, porque si las gorras que se metían fueran lanzas en Orán, ya ha muchos días que estuviera el Africa por nuestra" (119); por fin una manera de definir el hambre: "Fue tan general la hambre que se pasó, que para poderla exagerar, basta decir que llegó a mí, que cuando le falta a uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio" (164).

(13) F. RICO, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1982². El mismo Estebanillo sabe muy bien el origen de la bufonería: "tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagamunda y inútiles a la República, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos, ser provechosos para decir a sus emperadores libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas" (131). Con el fin de bien regalarse hizo "una lista de todos los príncipes. duques, condes, marqueses y barones del país, llevando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotación al margen, en lugar de *ora*

siempre tendente a desmarcarse de la delincuencia; Estebanillo esquivaba a "pretendientes de galeras y solicitadores de horca" por más que él mismo se hiciera merecedor de ellas.

Alcanzo a comprender que muchos de los planteamientos aquí expuestos pueden ser harto discutibles. Estos están basados en la convicción de que no hay desconexión absoluta entre la realidad histórica y la obra literaria, y ésta, al margen de cualquier crítica positivista es en cierto modo un producto histórico originado a su vez dentro de un entorno, esa historicidad del texto es la que requiere nuestra atención. Al mismo tiempo soy consciente de lo mucho que tiene que decir la lingüística y la crítica literaria acerca de la estilística, el punto de vista, estructura de la obra, formalismo, etc... En todo caso por fuerte que sean las presiones de las estructuras sociales en que se origina cualquiera manifestación estética, nunca conducirá a un determinismo radical que desvirtuaría el mismo momento creador de una obra literaria; lo contrario sería sencillamente aberrante.

Tales planteamientos servirán al historiador para reflexionar y hacer una relectura de nuestra literatura de la España Moderna. Tan sólo me limito a constatar que carecemos siquiera de una propedéutica para una historia social de la literatura necesaria para establecer una metodología, tanto más dificultosa porque se sitúa entre la historia cuantitativa y la historia de las mentalidades atenta a las actividades colectivas de las masas. Las preguntas son innumerables, todos aceptan un cierto valor a la literatura, pero ¿qué criterio adoptar para distinguir lo que es literario de lo que no lo es? —aunque sólo sea como mero punto de apoyo, por falta de evidencia empírica o disponible, adorno, anécdota, sugerencia, etc...—. Hay una sociología de la literatura, una literatura de la sociedad, pero ¿cuál es el verdadero alcance de la fuente literaria?, ¿para qué nos sirven los datos de un escritor que vive en una determinada cultura? si existe, por ejemplo una sensibilidad barroca, ¿acaso no influyen en ella los condicionamientos sociales, económicos, demográficos, etc...? o la participación del autor en una determinada ideología, o al menos de un cierto nivel, en lo que a expresión literaria se refiere. Si son tan importantes las tan traídas y llevadas actitudes colectivas de las masas ¿por qué desdeñar la expresión privilegiada de personajes tan significativos como Calderón o Fernando de Rojas? Y no nos referimos al desciframiento erudito o al mero reflejo de una práctica social, sino al posible establecimiento del testimonio literario como algo irremplazable, "la literatura vehicula las imágenes, los clichés, los recuerdos y las herencias, las producciones sin cesar desvirtuadas

pronobis, de las calles y palacios en que vivían... Iba por mis turnos, cogiendo la ofrenda y agradeciendo el beneficio" (153). Recientemente J. A. Maravall ha publicado un espléndido libro: *La picaresca desde la historia social*, Madrid, 1986.

y vueltas a emplear de lo imaginario colectivo" (14), "el atajo a través de la literatura me parece —explica M. Vovelle— en tanto historiador de las mentalidades, un medio no sólo útil, sino indispensable para volver a introducir en un camino que tendría demasiada tendencia a ceder a las seducciones de la historia inmóvil perdiéndose encantado en la etnografía histórica o no, la dimensión del tiempo corto, el de la historia que se mueve, con sus estremecimientos de sensibilidad que son mucho más que espuma pasajera" (15).

Estebanillo González: Un pícaro y un cobarde en el Ejército español

Hecha la advertencia de que la fuente literaria tiene innumerables limitaciones, es lógico que no pretendamos llegar al conocimiento del comportamiento social de los soldados españoles, sus pensamientos, ideas, etc... a través en este caso de Estebanillo que desde luego, y dicho sea de paso, no representa al soldado español, es más, queda patente la grotesca distancia que él mismo impone entre su conducta —y la de unos pocos, los cobardes— y la ajena merecedora de gloriosas victorias. *La vida de Estebanillo González*, como ya hemos dicho, es una novela picaresca tardía que persigue aquellos recursos picarescos más caricaturescos: la variedad y gratuidad de lo gracioso, y por tanto se encuentra lejos de la calidad de un *Guzmán*, *Don Pablos* o de un *Lazarillo de Tormes*. Insistimos una vez más que nuestra pretensión se reduce a cuál pueda ser el punto de vista de un pícaro y vagamundo sobre el Ejército, que a lo más y a lo menos es un contrapunto malintencionado a tener en cuenta.

Oficios militares y paramilitares

El mismo se nos presenta al iniciar el relato de su vida: Tras ser "aprendiz de guisar patatas" fue sotalférez de bandera, cirujano de apariencia, maestro de mancar brazos, enfermero sin conciencia, mandadero de prisiones, tornillero entre españoles, soldado de sus galeones, pícaro de la marina, cosario de todas levas, cocinero de portante, valiente sobre montañas y gallina en campa yerma". Así, de los no menos sesenta y cuatro oficios que tuvo, hay ocho relacionados con el Ejército directamente. Su primer oficio militar fue el de ayudante de Alférez, que él llama *sotalférez*, cargo que no se inserta realmente en el organigrama militar, en realidad era un *mochilero* o asistente del alférez. Estebanillo llevaba la bandera del regimiento cuando comenzaba

(14) M. VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985, p. 41.

(15) Id., p. 50.

su rosario de irreverencias: "llevando yo su bandera con más gravedad que Perico en la horca... persuadime que todos los que quitaban el sombrero a la Real Insignia me lo quitaban a mí, por lo cual, hacía más piernas que un presumido de valiente, y me ponía más hueco y pomposo que un pavón indiano" (16). Posteriormente pasó a cocinero aderezando las comidas para el rancho de la compañía, al poco fue enfermero en el hospital que el Ejército tenía en Nápoles. Tras ser expulsado ingresa en el Ejército como *piquero*, esto es sin peto ni celada, cobrando tres escudos, frente a los cuatro que cobraba un arcabucero, y los catorce del mochilero del capitán; sus razones fueron buscar aventuras y conocer nuevas tierras: "yo, por ver Milán... y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas o jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano, y tomé el de abanderado" (17).

Tras la batalla de Nördlingen, y demostradas sus nulas cualidades de soldado, se hizo tatur en la *cola del Ejército*, rifando esta vez empanadas alemanas. Parker nos informa que en la mayoría de las veces el Ejército de Flandes se veía incrementado a casi el doble por hombres y mujeres no sujetos a disciplina militar, que acompañaban a las distintas unidades para abastecerlas de todas aquellas necesidades que el Ejército no podía asegurar, vendiendo además, productos no bien vistos por las rígidas ordenanzas militares, como el aguardiente, tabaco y naipes. Estebanillo repartía su mercancía entre los carros de otros buhoneros para evitar pagar las contribuciones de defensa y seguridad al capitán de la compañía.

Tornará de nuevo como *vivandero*, aunque las ordenanzas estipulaban que sólo debían haber tres vivanderos por compañía, el número, como afirma Parker, se superó: "a menudo los soldados se hacían con botín que no podían llevar consigo y se veían por tanto en la necesidad de venderlo barato a los vivanderos por dinero al contado" (18). Posiblemente algunos vivanderos no tenían intención de proveer alimentos al Ejército, sino seguirlo y comprar botín, y los bienes subastados de los soldados caídos. Estebanillo ejerció por supuesto cumplidamente su misión de pícaro-cuervo: "daba al capitán la mercancía peor y la que menos me costaba y la que se maltrataba por razón de los golpes del carro, contándosela a mucho más de aquello que me costaba" (19).

Posteriormente su amo le empleó de *correo de postas* diciéndole "supuesto que sé yo que no ha de pelear... póngase en otra montañuela, y si viere que

(16) p. 16.

(17) p. 58.

(18) G. PARKER, *El Ejército de Flandes y el Camino español. 1567-1659*, Madrid, 1976, p. 221.

(19) p. 122.

Dios fuere servido de darme la vitoria, vaya a darle aviso a Su Alteza, que yo sé que ganará más en ello que en buscar rendidos despojos" (20).

Estebanillo y la organización militar

De forma muy particular Estebanillo medra pícaramente en la organización militar, por cierto minuciosamente estudiada, entre otros, por R. Quatrefàges y G. Parker. A modo de ejemplo nos referiremos al *reclutamiento, alistamiento y revistas, sueldos, desertores o tornilleros, reformaciones y licenciamientos, alimentación, vestuario y alojamientos*; ya que poco es lo que nos podría decir del armamento o del orden de combate.

Dadas las órdenes pertinentes para la formación de una compañía, entraban en acción los banderines de enganche, cuya presencia multicolor evocaba las excelencias de la vida militar. Estebanillo en Nápoles buscó la carne de cañón convenciendo a los muchos desocupados que pululaban por el gran puerto napolitano. Por cada soldado o bisoño nuevo que presentara a su alférez, éste le premiaba con una dobla. Por supuesto utilizó la estafa y fullería, por lo que tuvo que mudar de oficio y pasar a Barcelona. Realizada la recluta había que conocer el estado de la tropa a través de la muestra o *revista*, considerada por Quatrefàges el "momento de la vida militar en que se ejerce por excelencia la función de control, a nivel de soldado en calidad y cantidad, la revista también estaba destinada para conocer y verificar el estado de la tropa" (21), la finalidad era pues, pagar y controlar, interviniendo el *veedor*, el *contador* y el *pagador*. Parker considera que algunos oficiales utilizaron estas muestras para engañar a la Hacienda, presentando reclutas como si fuesen veteranos, inscribiendo como soldados a servidores, e incluso a los campesinos se les incluía en las listas de los *alardes*, estos hombres presentados en una revista como soldados, sin serlo, para conseguir una paga, se les llamaba *santelmos* (22); Estebanillo fue uno de ellos: "ocupé plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia y ciento cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca desto, pero me dirán que quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia" (23).

(20) p. 146.

(21) R. QUATREFAGES, *Los tercios españoles*, (1567-1577), Madrid, 1979. p. 33.

(22) PARKER, Geoffrey. *Op. cit.*, p. 204. Lo define así: "Hombre presentado a una revista como soldado sin serlo para conseguir una paga", id. p. 21. Estebanillo no desaprovecha la ocasión: "senté plaza de soldado de a caballo... buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán a dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba a entender, para conducirlos, dos mil embelecados, y otros tantos al capitán para encaracerles la cura y el trabajo y gastos, aún ni imaginados, del oficio de la corredería" (64).

(23) p. 61.

El salario base mensual de los soldados españoles era para esta época de cuatro escudos, aunque Parker asegura que a ello hay que añadir una serie de ventajas, particulares y ordinarias, que suponían por lo menos una paga supletoria de unos seis escudos más y sin contar las ayudas de la población civil. Recordemos que se trata de soldados profesionales tal y como se consideraban a los "exteriores". La primera paga era conocida como *prima de enganche*, a veces también era la primera y la última, puesto que hubo pícaros que se enganchaban y desenganchaban en el mismo día. Sin embargo hay que decir —es forzoso volverse a remitir a los estudios de Parker y Quatrefâges— que el Ejército español, pagó, las quejas eran porque se pagaba tarde, pero insistimos, se pagaba, debido entre otras cosas a la agresiva acción corporativa de los soldados.

Estebanillo nos habla también de la paga de la "extremaunción", destinada para los funerales y las deudas de los caídos en batalla, "dieron a todo el armada una paga, que es la extremaunción de los franceses cuando entran en países extraños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos pies, fui a resollar a Villafranca" (24) y es que Estebanillo no tenía reparo para cambiar de Ejército como quien cambia de gabán.

La desertión era un fenómeno común, aunque con la particularidad de ser normalmente colectiva; a los que incurrían en ella se les conocía con el nombre de *tornilleros*. Nuestro hombre al conocer eventualmente las durezas que le esperaban en boca de un veterano, agradecióle el aviso e "incité a más de la mitad de mi compañía a que fuésemos a buscar tierra caliente y cargando con quince tornillos novillos... los llevé a vuelta de Roma" (25). Las penas para el tornillero eran graves y oscilaban entre la castración —el "peligro de

(24) p. 94. Veamos su presencia en los hospitales: "me eché en el pescuezo dos emplastos o vejigatorios... y me fui al palacio del embajador de España, y diciendo venir de Galicia a curarme del mal de los lamparones, me dio su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada y uno cada semana, hasta que fui sano" (91). Hay niveles de vida material que no son despreciables: En Grecia "nos hablaban en griego y nos chupaban el dinero en genovés" (33); ganaba tres reales de jornal como albañil (74), compra un cabrito por cuatro reales (76); por ser sacador de cieno, cobra un potaje de frangollo, ración de vino y dos reales (76); "tocaban a caja levantando gente para ir en corso contra el inglés, y daban a cada soldado una dobla... cogí la dobla, senté la plaza" (89); por ocho ducados de contado sentó la plaza de soldado (94); "porque quien no tiene dinero. ¿qué fama puede tener?" (211). Vid. tb. MBERBECKK V. L., "Le service sanitaire de l'armée espagnole des Pays Bas a la fin du XVI^e et XVII^e siècle" en *R. I. d'Histoire Militaire*, n.^a XX (1959).

(25) p. 60; vid. tb. Capítulo quinto, pp. 81 y ss. Estebanillo se encuentra con soldados que viven de tornillo, camino de Arahál, donde un capitán hacía gente, tras sentar plaza de soldado relata cómo "hacía nuestro capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito a la mano izquierda y volviendo sobre la mano derecha", cansados y enfadados le abandonaron dejándolo con "sólo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje; que mal puede conservar una compañía, quien siendo padre de familia de ella, trata sólo de adquirir para sí a costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitán, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados" (82).

pasar de gallina a capón" (20) o perder "las pertenencias y bosques de la baja Alemania" (27), galeras —"traspalar sardinas"— o la horca —"ahogado como pollo" (28)—. Las deserciones masivas y la mortandad provocada por las duras batallas dieztaban las unidades, lo que obligaba a una nueva reestructuración, así como también era frecuente suprimir disciplinariamente las compañías, incluso tercios, como castigo colectivo, o por no haber más que vivanderos y tullidos. Estebanillo procuraba alistarse en aquellos cuerpos expedicionarios a punto de reformarse, para poder cobrar hasta que llegara el aviso de *reformación* del Gobierno... "por lo cual dieron licencia a muchos soldados, y siendo yo de los primeros por ser pequeño de cuerpo y grande en cobardía" (29).

El soldado tenía que cubrir dos necesidades básicas, alimentarse y vestirse. Posiblemente el soldado estuviera infraalimentado, Estebanillo como maestro de cocina ironizaba "hacía cada día un potaje que aún yo mismo ignoraba cómo lo podía llamar... tenía la olla en que guisaba tanta zarandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal por inmundo y asquerosos que fuesen, que sólo faltó jabón y lana para ser olla de romance" (30). No obstante la administración se esforzó mucho en ello, y no hay que olvidar tampoco la rapiña, los botines y las suculentas comidas servidas en las casas de huéspedes.

El vestuario también corría a cargo del Estado, si bien en este aspecto no había uniformidad, como escribía Martín de Eguiluz "diez mil soldados vestidos de colores abultan más y meten más ruido, miedo y temor que veinte mil

(26) p. 140.

(27) p. 154.

(28) p. 99.

(29) p. 94. Como bibliografía complementaria véase también: SOTO, S., *Historia de la Infantería española*, Madrid, 1829. J. M. COSSIO, *Autobiografía de soldados*, B.A.E. XC. Madrid, 1956. A. VAZQUEZ, *Los sucesos en Flandes y Francia en tiempo de A. Farnesio*, en C.O.D.O.I.N. vol. LXXXIII, Madrid, 1979. SANCHEZ ALBORNOZ, N. "Gasto y alimentación de un ejército en el siglo XVI", en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1950. HAMILTON, E. J., "Paga y alimentación en las flotas de Indias, 1503-1660". en *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Madrid, 1985. Vida del capitán Alonso Contreras, en B.A.E. XC. Madrid, 1956. CHARLES, J. L., "Étude critique des régles de guerre", en *R. I. d'Histoire Militaire*, n.º 24 (1968) Bruselas.

(30) p. 103. Sobre el oficio de vivandero, refiere Estebanillo: el capitán "me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo y con cláusula de darle los víveres necesarios a su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable" (122). Veamos su horario: "gastaba las horas del día en esta forma: desde el alba, hasta las nueve. ejercitaba el oficio de destilador de aguas...; de las nueve a las once hacía mis empanadas y las vendía, y de las once a la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, superintendente de los asadores y pesquisidor de vinos; de la una a las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos; y de la tres hasta ponerse el sol, merchante de quesos y estanquero de naipes" (119).

vestidos de pardo" (30). Afirma Parker que tras 1595, aparecen los primeros *asientos* para equipar al Ejército, "Al asentista —dice— se le mostraba un equipo completo y tenía que entregar tantos modelos iguales... generalmente formados por gabán, calzones, chaqueta, camisa, ropa interior y medias" (32). Los soldados los transformarían y enriquecerían con largueza; Quatrefages recoge una documentación elocuente de un diario de hospital militar donde se consignan los vestidos recuperados por la muerte de los enfermos, donde no faltan los botones de oro, cuellos almidonados y otras prendas lujosas (33).

Obviamente hay que pensar en los botines tanto del enemigo como del saqueo y pillaje de las ciudades, ambos por cierto perfectamente reglamentados por disposiciones o bandos castrenses publicados al efecto, en los cuales se establecían las normas del reparto, y en los que por supuesto se hacía hincapié en las penas por violaciones, heridas y asesinatos; en cualquier caso Estebanillo no duda en afirmar que se apoderaban de todo lo que veían sus ojos cuando no veían dueño alguno, ya fuera comida, tablones, ventanas, paños o bestias de carga (34).

Finalmente en lo que se refiere al alojamiento, provocaba el descontento justificado de la población civil (35), y no faltaban capitanes que aceptaban

(31) El alojamiento de los Ejércitos es un fenómeno siempre presente en la vida de los pueblos a lo largo de toda la Edad Moderna, y por supuesto fuente de continuos conflictos "estuvimos alojados en una villa, que se llama la Costa, comiendo a costa del patrón, y diciendo aquello de: huéspedes. máteme una gallina, que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre villano" (58); "hacíamos de noche cacarear las gallinas, balar a los corderos y gruñir a los lechones... siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, guardños de los caminos y lobos de las cabañas... embargábamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía a falta de bagaje, cogía los cohechos, alzaba los embargos y partía la presa, aconsejando a los despojados se apartasen del camino, por el peligro de otros aposentadores" (82); el paso de una compañía por una pequeña villa hacía que tras la bacanal sobreviniera la desolación: "molestábamos los vecinos, gastábamos cada día cien cubas de vino y cada noche un bosque de leña" (93); no obstante la decisión en la elección del alojamiento dependía de los mandos, ya que éstos pactaban el itinerario: "vino el unto a los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos días. Mucho paño tenía aquí donde poder cortar, pero se embotarán mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada día medio cuarto de escudo; que para henchir oficiales las bolsas, es necesario que los soldados aflojen las barrigas" (93); "porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado" (96). El terrible paso de los Ejércitos ponían en guardia a los sufridos habitantes de las localidades, aprestándose a ocultar sus más preciados enseres con resultados inciertos: "llegamos a alojar a la tierra de Baviera, adonde nos dieron por patrón uno de los más ricos de ellas. aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no excusados, son los pregones de los defectos de sus amos" (107). V.M.O. EGUILUZ, *Discurso y Regla Militar*, Amberes, 1956.

(32) PARKER, G., *Op. cit.*, pp. 207-208.

(33) QUATREFAGES, R., *Op. cit.*, p. 243.

(34) *Idem.*, pp. 244 y ss.

(35) Vid. nota 25.

propinas para eludir determinadas poblaciones haciendo la llamada *marcha del caracol*: “nuestro capitán —explica Estebanillo— hacía la marcha del caracol dejando el tránsito sobre la mano izquierda y volviendo a la derecha cada vez que nos aproximábamos a una población... por lo cual decidimos abandonarle y dejarle en solitario” (36). Tal alojamiento imponía un servicio asegurado por un *furriel* y desde luego era uno de los mejores momentos del soldado: “eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre villano” (37). Tema éste que como se sabe también fue abordado por Calderón en “El Alcalde de Zalamea”.

Pues bien, estos pueden ser algunos ejemplos, que desde luego no es nuestra intención que respondan plenamente a la realidad, pero son un reflejo, mejor dicho, un contrapunto que induce al menos a profundizar en diversos temas, como puedan ser, entre otros, los factores psicológicos y físicos del soldado del siglo XVII en su lucha contra las condiciones climáticas, las peligrosas travesías marítimas, el universo mental de las colas del Ejército, la relajación moral, la vida en los hospitales militares, etc... convencidos de que el honor, la patria y la religión formaban el esquema del Ejército como institución, pero sin olvidar este contrapunto de la cobardía del Estebanillo que coincide con la época en que la hegemonía europea estaba casi perdida para la monarquía hispánica.

(36) p. 82.

(37) p. 58.